

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS



NÚMERO SUELTO. 10 CÉNTS

AÑO V.

MADRID, 15 DE MAYO DE 1910.

NÚM. 124.



ALÍ

CONTINUACIÓN

Aquella tarde proyectaban una batida los guardas rurales auxiliados con algunas buenas escopetas del pueblo, y el alcalde, en pregón, hizo saber al vecindario el doble peligro á que se exponía el que se aventurase á salir de casa.

Ayuntamiento de Madrid

Carmina, medio dormida, hojeaba un libro de viajes, y Alí, junto al velador, confeccionaba los ramos de flores para la mesa.

De pronto rompió el silencio el eco de una detonación seguida de vocerío lejano. Carmina salió del cenador; Alí abandonó su tarea para ir tras ella; otras dos detonaciones, casi simultáneas y más próximas, se escucharon envueltas en voces de: "¡ Ahí va, ahí va...!"

La verja, defendida interiormente por espesa celosía, ocultaba la vista del exterior; Carmina, dominada por la curiosidad, fué resueltamente hacia la canela. Alí, que la observaba, se interpuso resueltamente, y con entonación humilde, pero enérgica, dijo bajando los ojos:

—¡ Eso no, amita; amo no quiere y yo obedecer!

Carmina frunció las cejas, y exclamó:

—Si amo no quiere, yo sí, y tú no eres nadie para impedírmelo; conque quítate de ahí en seguida.

—¡ No, por Dios, amita!

—¿ Tienes miedo?

Los ojos de Alí brillaron con fuego, pero otra vez bajó la cabeza.

—Por mí, no; pero tengo miedo...

—¡ Fuera he dicho...!

—Llamaré al amo...

Carmen, fuera de sí, gritó avanzando:

—¡ Eso, ve á llamarle, déjame sola que es lo que buscas...! ¡ Cobarde...!

Y, dándole un empujón, abrió la cancela.

La puerta giró y Carmina retrocedió espantada. En el quicio apareció un enorme perrazo, sucio é imponente; de su entreabierta boca pendían unas madejas de baba viscosa y repugnante; los ojos, sanguinolentos, giraban alocados en todas direcciones, y por sus dilatadas narices se escapaba un jadeo angustioso.

Acosado por sus perseguidores se había detenido junto á la entrada; al ver que la puerta se abría, penetró medio arrastrándose.

Carmina dió un grito y trató de correr, pero, paralizada por el espanto, no pudo dar un paso. Alí, rápido como el pensamiento, se colocó delante cuando ya el perro saltaba sobre ella; fué un momento espantoso que Carmina vió horrorizada; el perro hizo presa en el brazo izquierdo del pobre muchacho, mientras éste con la mano derecha, en la que por casualidad conservaba las tijeras con que estaba cortando los tallos de las flores, hería con todas sus fuerzas la garganta del animal.

Carmina pudo al fin gritar y, atraídos por sus voces, los guardas por la verja y los criados con los señores por el jardín, llegaron cuando Alí y el perro rodaban por el suelo.

.....
Seis meses han pasado, y el negrito está casi restablecido, gracias á la rapidez con que fué curado. Poco faltó para que pagase con la vida su generoso proceder, pero Dios es justo, y se salvó.

Carmina no quiso separarse de su lado y exigió que los mejores médicos le curasen en su casa, siendo ella la que por su propia mano le daba alimentos y medicinas.

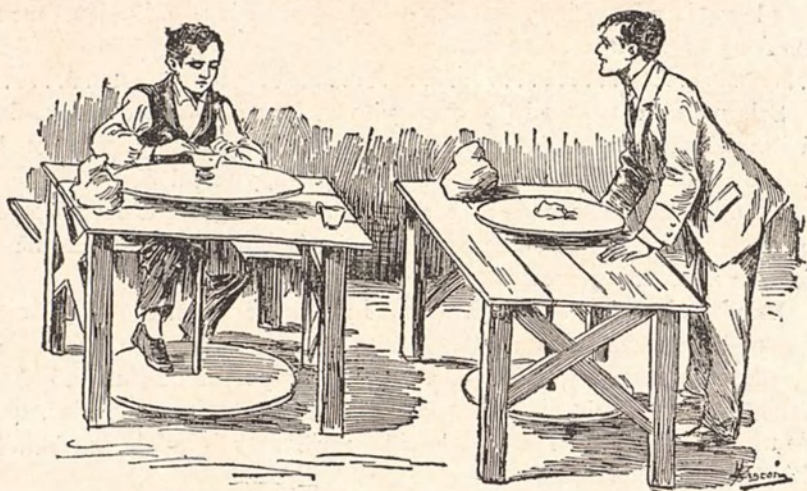
Ya no quiere que se ponga guantes para tocar su mano ni permite que nadie la sirva más que Alí.

Ella le acompaña en sus primeros paseos por el jardín llevándole del brazo, y cuando él, enternecido, le dice: "Amita, por Dios, que yo no merezco tanto", la niña le riñe, cariñosa, mirándole con humildad, mientras le contesta:

—Te debo la vida del cuerpo y otra cuya existencia ignoraba. No seas orgulloso, señor Alí, y déjame pagarte; deja que recuerde para mí consuelo "que todos somos iguales ante Dios"

FRANCISCO BARRAYCOA.





EL TALENTO DE ALFREDITO

Alfredito es un portento desde su más tierna infancia, con un talento que asombra y una memoria que pasma. Todo lo aprende en seguida, y no hay cosa complicada ó difícil que no entienda á las primeras palabras. Si como tiene aptitudes tuviera perseverancia, sería un hombre notable en el día de mañana. Fué con sus padres á un pueblo en el que existe una fábrica de loza, y el gran Alfredo fué una tarde á visitarla. Allí se enteró en seguida de los barros y las pastas, y observó á los operarios que en los tornos trabajaban, y como á Alfredo lo último que ve es lo que le entusiasma, pensó aquella misma noche dedicarse á la cerámica. Comunicó su propósito á un muchacho de la casa de su misma edad, que era operario de la fábrica, y éste le dijo que fuese con él y que trabajara á su lado, y de este modo quedó la cosa acordada. Fueron al taller, y Alfredo,

que sentía vivas ansias de modelar maravillas, preguntó á su camarada: —¿Tú qué vas á hacer?

—Pues, chico

—respondió el otro con calma,— lo que me manda el maestro, y hoy me ha dicho que haga tazas. —¿Tazas? Eso es vulgarísimo, y pues á mí no me manda nadie, y hago lo que quiero, voy á empezar por un ánfora, ¿qué te parece?

—Magnífico.

—Con qué gusto se trabaja en este barro tan suave. ¡Qué fácil es la cerámica! ¡Va á ser un ánfora griega! ¡No está demasiado blanda la pasta? A mí me parece que sí. Pero ¡qué pesadas son estas ánforas griegas! La verdad, á mí me cansan y voy á hacer otra cosa: un jarrón árabe.

—Vaya

por el jarrón.

—Tiene líneas más bonitas. ¿No te encantan las cosas árabes?

—Mucho; pero no he podido hincarlas el diente; son muy difíciles.

—Claro; si tú dibujaras como yo... ¡Dale!, repito que está muy floja esta pasta. Mira qué mal sale el cuello y cómo se caen las asas. No me sirve para el árabe. Lo mejor será que haga un jarrón á mi capricho modernista, con su planta y sus flores, y unos pájaros. Así no hay que hacer cuadrada ni redonda la maceta. ¿Ves qué figura tan rara y original? Ahora el tronco, y vamos á ver las ramas. ¡Y dale con el barrito! No hay forma de colocarlas derechas. Pues, ¿y las hojas? ¡Todas caídas y lacias! No sirve para macetas modernistas esta pasta. Voy á hacer una figura; estos objetos me cargan. No hay que darle vueltas: donde está la figura humana... ¿Conoces tú la famosa Victoria de Samostrata? —Yo r.o.
—¿Y la Venus de Milo?

—Menos.
—¿Conoces la estatua de Moisés, de Miguel Angel? —Yo apenas conozco nada. Haz alguna tú que sabes.
—¡Qué diantre! ¡Si está tan blanda esta pasta ó este cuerno, que no hay cosa que me salga! Fueron pasando las horas en éstas y en otras pláticas, siempre cambiando de ideas, cuando sonó la campana, y el alfarero modesto le dijo á Alfredito: —Vaya; esto se acabó; es la hora de comer. Vamos á casa.
—¿Qué has hecho?
—Pues ahí lo tienes: esas docenas de tazas. ¿Y tú?
—Pues, chico, pensando, pensando... ¡no acabé nada!

Lo que al ilustre Alfredito le ocurrió con la cerámica les suele pasar á muchos con sus aptitudes varias, porque les sobra talento, pero les falta constancia.

C. L. DE C.





RELATOS DE CAZA

EN LA ESTEPA

Danko guardaba en la dilatada estepa una piara de caballos; pero muchas veces le substituía en su ocupación su hija Tania.

Era ésta hermosa como una flor silvestre. Tenía el viejo dos criados jóvenes, Máximo y Petroff, y sucedió que los dos se enamoraron con locura de la encantadora Tania. Un día, estando los tres juntos, vieron un águila que se cernía majestuosamente en medio del cielo azul.

Tania la estuvo contemplando durante un buen rato, y con una ingenuidad infantil, pues su alma era de niña, dijo á los mancebos:

—¿No decís que os gustaría adivinar mis caprichos para saciarlos...? Pues mirad; me agradaría ver un águila tendida á mis pies. Yo querré mucho al que la mate y me la traiga...

Los dos se miraron en silencio, y, desde aquel día, todas las tardes Petroff, con la escopeta en la mano, paseaba la estepa, mirando continuamente al cielo. En cuanto á Máximo, desapareció, con notable asombro de cuantos le conocían.

Una tarde, cuando Petroff se paseaba por los alrededores, vió que se le acercaba un hombre.

—¿Debe ser un vagabundo...!—murmuró; pero al verse junto á él, de aquel montón de andrajos salió una trémula voz, que le dijo:

Ayuntamiento de Madrid

—¡Petroff! Soy yo... Máximo... Tengo hambre y sed... Mucho he sufrido, pero estoy contento. En este saco está el águila. Se la daré á Tania y seré feliz, porque me querrá. Por aquí las águilas pasan muy altas. Por eso me marché. Esta la he cazado entre rocas, acechándola junto á su nido...

Siguieron charlando, porque el cazador se encontraba sin fuerzas para proseguir su camino y llegar al campamento. La noche reinó sobre la estepa. Densos nubarrones cubrieron el cielo. En el límite del horizonte, hacia el Sur, las nubes fueron desgarradas por vividos relámpagos, semejantes á inmensas alas doradas, que se desdoblaron convulsas... De pronto, en medio de los truenos, que rugían horrisonos, oyéronse unos taladrones alaridos humanos... Y las primeras gotas de lluvia comenzaron á besar la reseca tierra...

A la mañana siguiente, Tania estaba apoyada en un palo. El sol sonreía en el cielo, y las últimas nubes, deshechas y vencidas, huían



hacia Poniente. Petroff se acercó á ella, y, echando un pajarraco á sus pies, exclamó:

—¡Ahí tienes el águila...!

Tania, ensimismada, vió en la lejanía una legión de cuervos, que en apretado haz bajaban á la tierra. Después premió á Petroff con su más encantadora sonrisa. ¡Pobre Máximo...!

JOSÉ A. LUENGO.

DE NUESTRO CONCURSO DE BELLEZA INFANTIL



Matilde Vizcaino Assensio.
Huelva.
Fot. Art.



M.ª Luisa García González.
Asturias.
Fot. García.



M.ª L. A. M.
Valencia.



Carmencita Serrano Delbay.
Salamanca.



Conchita Ortega Barragán.
Madrid.



Angeles Ugarte.
Madrid.



Pepito Ruiz Saucedo.
Granada.



Manolito La Hoz.
Madrid.
Fot. Gombau.



María Buxaderas.
Madrid.
Fot. Gombau.



Isidro Bellver.
Madrid.
Fot. Gombau.



Angelita Catalina.
Madrid.
Fot. Gombau.



Carmencita Fernández.
Madrid.
Fot. Gombau.



Paco Labvisse.
Jerez.
Fot. Pequeño.



M.ª Elena Labvisse.
Jerez.
Fot. Pequeño.



Alfonso Labvisse.
Jerez.
Fot. Pequeño.



María de la Torre.
Barcelona.
Fot. Amer.



Nemesín Agudo Aparicio.
Leganés.
Fot. Compañy.



José M.ª Pineda Loscos.
Zaragoza.



LAS TRAVESURAS DE LUISITO

Créeme, Luisito; si tú fueras más obediente y menos travieso, no te castigarían á todas horas.

—¡Ay, Glorita! Si tú vivieses conmigo, verías que en mi casa es imposible ser bueno. La madrina es una fiera, me pega de un modo cruel, y me deja sin almorzar ó comer casi todos los días. Yo me desespero, y procuro inventar diabluras para vengarme.

—No haces bien; sería mejor que procurases complacerla en todos sus caprichos, y cuando te castigue, sé humilde y pídele perdón.

—Para hacer eso sería preciso que yo fuese un ángel como tú.

Un reloj dió las siete. Luisito se despidió, abrazando á su prima á través de la verja que los separaba, y corriendo llegó á su casa y se metió en su cuarto por el hueco de un cristal, que él había roto para escaparse y ver á Gloria, que era el confidente de sus penas.

Vivían en dos casas contiguas, separadas por la verja que dividía sus jardines, en la Ciudad Lineal, cerca de Chamartín. Todas las tardes esperaba Gloria en el jardín la visita del *diablillo*, como ella llamaba á Luis. Escuchaba encantada el relato de sus travesuras; pero comprendiendo que su deber era desaprobar lo mal hecho, porque tenía un año más que él (ya había cumplido diez), le reprendió cariñosamente.

Aquella tarde le vió marchar con pena.

—¡Pobre chico!—exclamó.—Si su madrina fuese como mi abuela, él sería bueno, porque es muy cariñoso y listo; pero esa vieja le desespera.

Ahora seguiremos á Luisito y sabremos todo lo que le ocurrió aquel día. Por la mañana se había levantado como de costumbre, á las siete, y después de bañarse y vestirse, fué á la cocina á pedir su desayuno;

Brígida, que era el más perfecto modelo de criada fea y antipática, le dijo, guiñando el único ojo que tenía, porque la pobre era tuerta.

—Anda, vete á dar clase, que hoy ya te has desayunado.

Y como el chico protestara, Brígida prosiguió:

—Bien merecido lo tienes, por haber echado á la chimenea el ovillo de lana de la señora.

—Pero si yo no he tocado su cesta de labor; se le caería al suelo cuando se quedó dormida.

—Solo no se iría al fuego; anda, anda, que ya te conocemos y sabemos lo que tú vales.

Cuando Luis se disponía á replicar, sonó desesperadamente un timbre, y la criada echó á andar todo lo de prisa que su reumatismo la permitía. Mientras tanto, el muchacho vió sobre el fogón una bandeja preparada con el desayuno de la madrina, y sin la menor vacilación, se bebió entre soplo y soplo el tazón de café con leche y se guardó los bizcochos en el bolsillo, marchándose en seguida tan tranquilo al cuarto de estudio, donde le esperaba el profesor. Cuando Brígida volvió y se encontró sin el café para la señora, empezó á gritar desafortadamente, y fué á contárselo hecha una fiera. La madrina, en el colmo del furor, mandó llamar al chico, y le dijo que en cuanto concluyese la clase le encerraría Brígida, y que hasta la hora de comer no le abriría. Le castigaban sin almorzar, como le sucedía casi diariamente. Sin oponer resistencia alguna entró en su cuarto, y se sentó tranquilamente á comerse los bizcochos, dando vueltas á la imaginación para hacer alguna cosa muy gorda con que vengarse de la injusticia de que era víctima.

Después de una larga meditación, esperó á que la madrina se fuese á dar su cotidiano paseo por la huerta y á que Brígida saliese á la calle; abrió la ventana, saltó al jardín, cogió una piedra, y, tirándola con toda su fuerza, hizo pedazos un cristal; en seguida se metió dentro; cerró herméticamente, y se echó á dormir sobre la cama, procurando dormirse, para que el día se le hiciese más corto.

Cuando se despertó, calculó por la luz que Gloria ya había vuelto del colegio, y mirando en todas direcciones para cerciorarse de que no le veían, salió por el hueco del cristal roto, y ocultándose entre los árboles, llegó á la verja, donde le esperaba su prima un poco impaciente y donde nosotros los encontramos, hasta que las siete campanadas de un reloj los separó bruscamente.

Continuará.



UN PASEO POR LA HISTORIA DE ESPAÑA

XIX

¿Dónde quedamos el domingo pasado, Juanito?

—Aquí, papá. Hoy nos toca este señor. D. Alfonso I de Aragón, el *Batallador*.

—¡Gran figura! Vamos á ver lo que sabes de este Rey.

—Sé muy poco.

—Hombre, ¡vaya una confesión para empezar! Venga, venga...

—Alfonso I sucedió á su padre, Pedro I, en la corona de Aragón, á la cual estaba entonces unida la de Navarra. Casó muy joven con doña Urraca de Castilla, cuyo desgraciado matrimonio fué causa de infinitas complicaciones...

—Sí; pero, ¿cuáles fueron?

—No lo sé...

—¡Vaya por Dios! Sigue...

—Decidido á continuar la reconquista emprendida por sus antecesores, peleó contra los moros, apoderándose al fin de Zaragoza después de varias tentativas, y de otras ciudades importantes, con lo que el poder musulmán se quebrantó bastante. Siguió combatiendo en Valencia, Murcia y Almería, é hizo también una excursión triunfadora por Andalucía, llamado por los mismos musulmanes, descontentos de sus jefes. Peleó asimismo contra los franceses en Bayona, porque se creía con derecho á la Navarra francesa. Murió en Fraga,

al combatir á los moros de la frontera catalana, que se habían aliado contra él, y dejó su reino á las órdenes militares.

—Un poco confuso es todo eso; pero, en fin, da idea de lo que era el Rey llamado *el Batallador*... ¡Toda la vida peleando!

—¿Quieres que terminemos por hoy?

—¡Qué perezoso estás...! Como quieras... Así como así, tampoco tengo yo hoy muchas ganas de seguir el paseito.



ALFONSO I



MODIFICACIONES SUPERFICIALES DE LA CORTEZA TERRESTRE

EROSION

III

La erosión ó desgaste del terreno como resultado de la acción del viento, tiene tanta trascendencia como la producida por las aguas de lluvia ó de los ríos. Obra sola unas veces, y otras asociada á las demás formas de denuncianción á que ya nos hemos referido.

De una observación superficial no podría deducirse el papel que la erosión á que aludimos desempeña en la lucha de los elementos con la parte sólida de la tierra, ni menos que pueda equipararse á la erosión pluvial ó fluvial. Sin embargo, no otra cosa supone el especialísimo carácter que presentan ciertos terrenos en los que la ausencia de corrientes, la sequedad del ambiente, la falta de vegetación y la excesiva temperatura, excluyen toda idea de que el agua sea el elemento modificador del relieve, ya que esas mismas dificultades, que son una negación de la vida animal y una prueba del punto de inclemencia adonde en algunos casos llega la Naturaleza, prestan firme apoyo á la realidad del factor que únicamente puede intervenir en semejantes condiciones.

El viento es capaz por sí solo de dar á una región un aspecto típico que la haga inconfundible con otras; pero esto indica que no todos los terrenos suponen idénticas facilidades para ello. La causa principal de esta diferencia se halla en el clima, que cuanto más seco mejor ayuda presta á las corrientes atmosféricas para su obra, impidiendo el desarrollo de una capa vegetal que contrarreste sus efectos.

Los desiertos son los parajes donde ocurre esta forma de erosión. En ellos no existe humedad ni caudal de agua capaz de atenuar la acción del viento, que libremente corroe el suelo, que aparece descarnado, sin rastro de vegetación que temple su fuerza. Por ello un desierto es el punto donde campean más vigorosamente los rigores atmosféricos, y el aire, hiriendo siempre en igual sentido las rocas, prepara su desagregación, del mismo modo que un torrente que trabaja para horadar y ensanchar el cauce por donde se desliza.

No es sólo la acción mecánica del viento la que origina la desagregación. La temperatura pone mucho de su parte para facilitar esa tarea. Durante el día las regiones desiertas soportan muchos grados de calor, y cuando llega la noche se convierte en ambiente helado el que antes fué tórrido y caliginoso. Esta oscilación térmica, á veces de 70 grados, da lugar á la dilatación de las rocas cuando reciben de plano los rayos solares, y á la inmediata contracción, producida por el frío de la noche. Tales contraposiciones y movimientos constantes hacen que en multitud de casos se agrieten y estallen, asemejando á disparos de fusil y proyectando pequeños trozos que el viento se encarga de arrastrar.

Por un natural encadenamiento, sucede que la corriente de aire se vale de estas porciones que la fuerza del sol y la irradiación nocturna arrancaron á las peñas, como proyectiles (en el desierto de Gobi, en Asia Central, los huracanes transportan á veces guijarros de cinco centímetros de diámetro), que arrojan á los puntos salientes ó más elevados del terreno, para esculpirlos, pulimentarlos ó simplemente rebajarlos.

Si las arenas ó piedras de escaso diámetro y poco peso, y á veces sólo la columna de aire, tropiezan con un macizo cuya base sea de menor resistencia que el coronamiento ó parte alta, labran en la piedra una especie de setas gigantescas (en Egipto y en las proximidades del Sahara encuéntranse pruebas de ello), como consecuencia de la erosión activa en las partes más débiles y de la dureza de granos que, como los de cuarzo, aparecen con mayor densidad en las capas inferiores cercanas al suelo, y que atacan por la sustentación todos los promontorios que hallan á su paso, según demuestra el hecho de que los relieves escarpados sufren, principalmente en su plano más bajo, el efecto de la erosión.

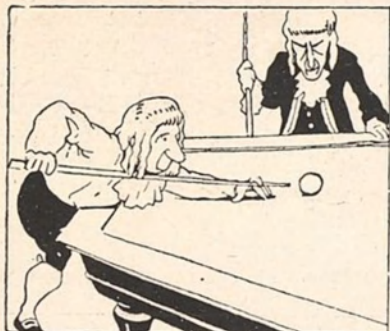
Cuantos han recorrido el Sahara lo atestiguan afirmando que los pies y las manos padecen las molestias de la granizada de arenas, que en ocasiones llegan á herir la cara de los caminantes, que sólo pueden librarse y quedar á cubierto cuando montan en un camello.

Una vez que las rocas han sufrido la desintegración expuesta anteriormente, vense huecos insignificantes que el vendaval se encarga de redondear, dando al bloque sobre el que actúe aspecto de ruinoso y carcomido, con los innumerables alveolos que deja como testimonio de su violencia.

No tan destructores, pero sí más eficaces, son los vientos, cuando los desiertos, en vez de rocas, están compuestos de arena. En éstos se manifiesta menos la erosión; pero, en cambio, adquiere inmenso influjo otro fenómeno debido á la columna de aire, ó sea el *transporte* de enormes masas arenosas. De él habremos de tratar cuando observemos lo que son las dunas; pero tanto un fenómeno como otro, la erosión y el transporte, nos revelan que el viento es uno de los agentes que pugnan con más energía por variar la superficie que pisamos.

JUAN ANTON.

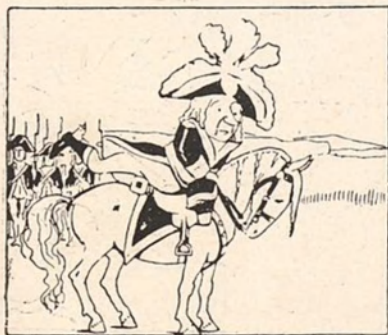
EL MARISCAL CARAMBOLA



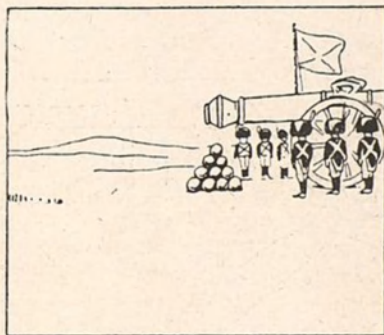
Hubo hace mucho tiempo un mariscal que era un «carambolista» sin igual.



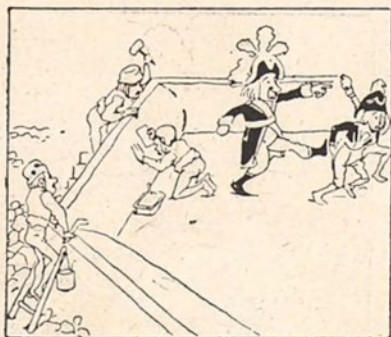
Estando con el «taco» cierto día la guerra le llamó; cruel, imofa.



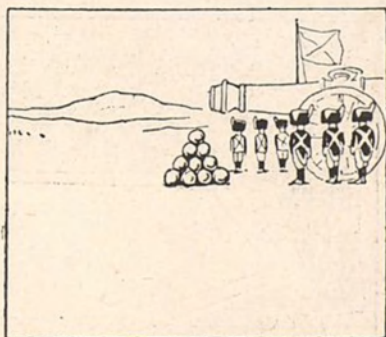
Dejó el «mingo», y ligero como un rayo vistió las armas y montó á caballo.



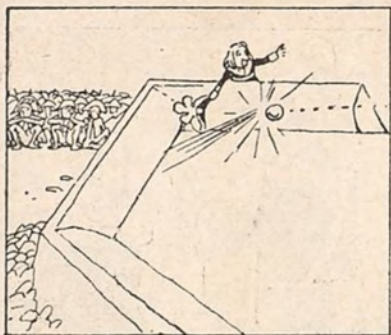
De un cañón colosal las municiones amenazaban ya sus posiciones.



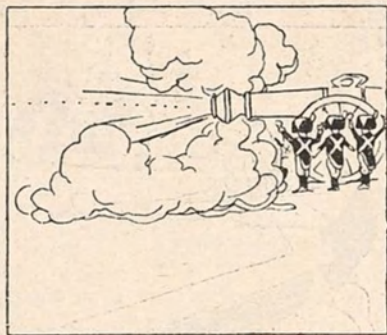
Mandó hacer tres murallas combinadas y despachó emisarios y embajadas.



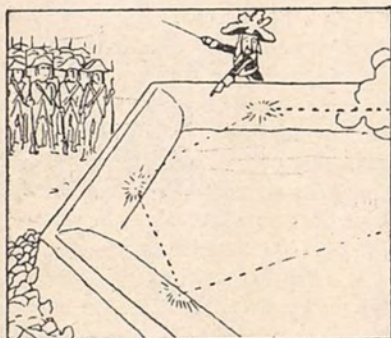
En tanto el enemigo... muy sencillo piensa hacer con sus cuerpos picadillo.



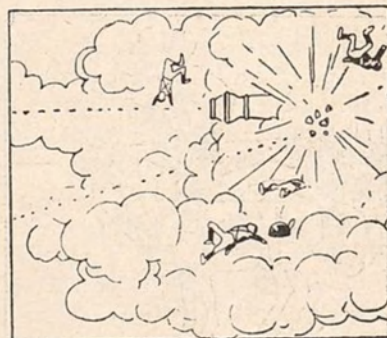
Entonces grita: «¡Juego!», extiende el brazo y suena el más horrendo e ñoñoazo.



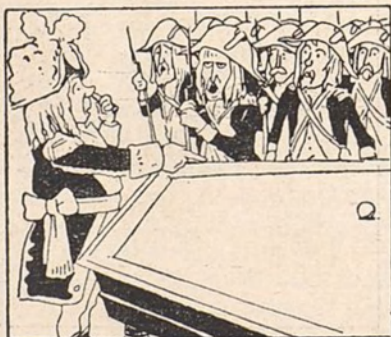
Al estampido un ¡hurra! pero estalla; tienen ya por ganada la batalla.



Vista del proyectil la trayectoria da el mariscal el grito de: «¡¡Victoria!!»



Y en efecto la bala, al retroceso, no dejó al enemigo sano un hueso.



En el billar explica á sus soldados su táctica, que escuchan admirados.



Y en hombros de su fiel tropa bravía «Carambola» le aclaman á porfia.